

extraña. Tampoco entonces transparece su imagen en la obra machadiana. ¿Razones?... No las conozco. Es como para la conjetura... En una de las profecías de Juan de Mairena —la XIX— (véase p. 445 de *Obras*) puede leerse esto que quizás dé una pista:

Donde la mujer suele estar como en España
en su puesto, es decir, en su casa, cerca
del fogón y consagrada al cuidado de los hijos,
es ella la que casi siempre domina, hasta imprimir
el sello de su voluntad a la sociedad entera. El
verdadero problema es allí el de *la emancipación de
los varones*, sometidos a un régimen maternal demasiado
rígido. (*Lo destacado es mío.*)

¿Sintió el poeta en su vida el peso excesivo de la influencia maternal y lo consideró nocivo? Es punto a meditar.

Pero un hecho es cierto. La soledad no ha terminado con esta presencia. Ya se ha instalado en la profundidad del alma del poeta que sólo se siente vivir en el paisaje de su España, en el paisaje de Castilla, en el de Soria básicamente. No sé. Siempre me he preguntado si no sería porque, en el fondo, jamás pudo asirse a la onda de otro ser humano. Porque él vibraba en una que lo trascendía y que era su tierra, esa tierra que él amó tanto y con la que se identificó de tal manera que a ella y por ella sólo logró salir, ya al final, de su esencial soledad. Pero aún es pronto para llegar ahí.

Poco antes de morir su mujer ha salido su libro *Campos de Castilla*. Es el comienzo del año 1912. El gran poeta que es Antonio Machado ya está todo ahí. Ahí su gravedad serena, su hondura, su decir para todos con esa sencillez que es tan difícil realmente y tan compleja, su descripción de una España que parece hallar vida en cada roca, en cada sierra, en cada árbol, en cada río, en cada sol que asoma. Y todo para llorar y clamar con un dolor profundo y con una dignidad impresionante. Machado y el paisaje se funden y no se sabrá nunca donde comienza uno y termina otro. Pero en este libro también transparece algo que siempre preocupó a Machado: su desencanto frente a ciertos rasgos del alma española en oposición a su amor y a la tierra y a la entidad histórica que es España.

El hombre solitario que fue el poeta contempla a sus coterráneos desde la «barbacana» que es Soria con ojo agudo y crítico. Y deja constancia en esos *Campos de Castilla* de su mirar. Abundan así las descripciones de los aspectos negativos de lo humano y lo social en la vida española. Al azar van aquí algunas muestras.

En «A orillas del Duero» (p. 136) dirá:

*Oh tierra triste y noble,
la de los altos llanos y yermos y roquedas,
de campos sin arados, regatos ni arboledas:
decrépitadas ciudades, caminos sin mesones,
y atónitos palurdos sin danzas ni canciones...*

...y en que se ve la oposición entre su admiración por la tierra y su crítica a la apatía y falta de entusiasmo vital del español, lo que Ortega llamaría la «vida descendente».

Salto estrofas muy conocidas de *Por tierras de España* (pp. 138 y 139) para recordar sólo aquella final tan desoladora:

*Veréis llanuras bélicas y páramos de asceta
—no fue por estos campos el bíblico jardín—
son tierras para el águila, un trozo de planeta
por donde cruza errante la sombra de Caín.*

O esta estrofa por demás reveladora que inicia el poema «Del pasado efímero» (pp. 202-203):

*Este hombre del casino provinciano
que vio a Carancha recibir un día,
tiene mustia la tez, el pelo cano,
ojos velados de melancolía;
bajo el bigote gris, labios de hastío,
y una triste expresión, que no es tristeza,
sino algo más y menos; el vacío
del mundo en la oquedad de su cabeza.*

Y basta. Para Machado el hombre de España le ha fallado a su tierra. Es vano, envidioso, apático, sin entusiasmo. Pero ya sabemos que en esto no hacía más que responder a la orientación eticista de los hombres del 98 que tan bien ha estudiado, entre otros, Pedro Laín Entralgo.

Durante su estancia en Baeza, Machado ocupa su tiempo, como siempre, dando largos paseos, escribiendo, y básicamente, estudiando filosofía. Desde que asistió al curso de Bergson, en París, estos estudios le atrajeron profundamente. Pocas relaciones humanas, como habitualmente también. Sigue siendo un solitario. Sólo sale de su soledad en el círculo de amigos que se reúne en la farmacia de Almazán. Pero ninguna de estas relaciones es demasiado profunda. La soledad sigue siendo su gran compañera. Y con la soledad su alma se ensimisma más cada día. Nuevas capas de profundidad van añadiéndose. Y el tiempo y la memoria que lo aquilata se van haciendo más densos.

Pero en Baeza tiene una experiencia que dejará honda huella en su espíritu. Un día de abril de 1917, un profesor granadino de Teoría de la Literatura que recorría varias ciudades andaluzas con un grupo de alumnos, llegó a Baeza. Se llamaba don Martín Domínguez Berueta. Y en el grupo de estudiantes iba un simpático y decidor joven de Granada. Su nombre: Federico García Lorca.

El poeta maduro y el poeta joven se encuentran entonces. De ahí nacerá una estimación y admiración mutuas que nunca terminarán. Cuando Lorca —como héroe de tragedia— es fusilado en Granada, será la voz de Antonio Machado quien clame poéticamente con más hondo acento. El eco de «El crimen fue en Granada» está siempre presente para los que una vez vibraron a su compás.

Son inolvidables las estrofas que siguen:

EL CRIMEN

*Se le vio caminando entre fusiles,
por una calle larga,
salir al campo frío,
aun con estrellas, de la madrugada.
Mataron a Federico cuando la luz asomaba.
El pelotón de verdugos
no osó mirarle la cara.
Todos cerraron los ojos,
rezaron: ¡ni Dios te salva!
Muerto cayó Federico
—sangre en la frente, plomo en las entrañas—,
... Que fue en Granada el crimen
sabed —¡pobre Granada!—, en su Granada...*

(Página 711)

Y no sé. Siempre he creído que este suceso tuvo mucho que ver con las decisiones posteriores de Antonio Machado. Se le metió muy adentro la muerte del poeta y la radical injusticia que entrañó.

En tanto, Baeza es marco estrecho en demasía para el poeta. La soledad espiritual es demasiada y puede ser paralizadora. Machado busca una salida. En carta a Unamuno de 31 de diciembre de 1914, se desahoga y dice:

Yo sigo en este poblachón moruno, sin esperanzas de salir de él, es decir, resignado, aunque no satisfecho. Para salir de aquí tendría que Intrigar, gestionar, mendigar, cosa incompatible, no sé si con mi orgullo o con mi vanidad. En los concursos saltan por encima de mí, aun aquellos que son más jóvenes en el profesorado...

(Página 1.018)

Y en la posdata a otra, dirigida también a don Miguel, el 21 de marzo de 1915, le confiesa:

P. D.—Ahora sale a concurso el Instituto de Alicante. No me atrae mucho el mar interno, pero en la esperanza de cambiar más tarde Alicante por otro lugar, voy a concursarlo. Esto no es óbice para que aguarde lleno de paciente esperanza la jubilación del señor Laserna.

(Página 1.023)

Es que Unamuno le ha prometido interceder para que lo trasladen a Salamanca cuando el susodicho profesor se retire. El proceso no llega a cumplirse. Pero, en cambio, obtiene Machado el traslado a Segovia. Esta hermosa ciudad castellana representa para el poeta un respiro en muchos sentidos. No el menor que vuelve a su amada Castilla, a sus sierras y a sus parameras. Además se acerca a Madrid donde hay un ancla que lo llama: su hermano Manuel. A su vera se sintió siempre menos solo, más joven, más vital, más lleno de entusiasmo. Es un ser con quien puede hablar, compartir, soñar y hacer nuevos proyectos.

Segovia no lo defrauda. Encuentra algunos amigos. Y un grupo de jóvenes que lo siguen como a un Maestro. Y con quienes funda la revista «Manantial». En Segovia encuentra también algo que no había entrado en sus proyectos, pero que sí presintió: un nuevo amor. Amor tardío y diferente del tierno y devoto que tuvo por su esposa. Fue, creo, su único amor pasional. Tal vez sí por aquello que alguna vez él mismo escribió:

Se ignora o se aparenta ignorar que la castidad es, por excelencia, la virtud de los jóvenes, y la lujuria, siempre, cosa de viejos.
(De un «Cancionero Apócrifo de Abel Martín». Obras, p. 320)

Y en uno de sus proverbios y cantares de esta época (LVIII), dirá:

*Creí mi hogar apagado,
y revolví la ceniza...
Me quemé la mano.*

(Pág. 280)

En este caso fue la mujer como «diosa carnal» aunque no desprovista de valores espirituales —claro está— lo que le atrajo. Casi parece imposible que fuese Antonio Machado quien escribiera estos versos a Guiomar:

*Hoy te escribo en mi celda de viajero,
a la hora de una cita imaginaria.*

*Rompe el iris al aire el aguacero
y al monte su tristeza planetaria.
Sol y campanas en la vieja torre.
Oh tarde viva y quieta
que opuso al panta rhei su nada corre,
tarde niña que amaba tu poeta!
¡Y día adolescente
—ojos claros y músculos morenos—,
cuando pensaste a Amor, junto a la fuente,
besar tus labios y apresar tus senos!*

(Obras, p. 371)

O el bellissimo soneto:

ROSA DE FUEGO

*Tejidos sois de primavera, amantes,
de tierra y agua y viento y sol tejidos.
La sierra en vuestros pechos jadeantes,
en los ojos los campos florecidos,*

*pasead vuestra mutua primavera,
y aun bebed sin temor la dulce leche
que os brinda hoy la lúbrica pantera,
antes que, torva, en el camino aceche.*

*Caminad, cuando el eje del planeta
se vence hacia el solsticio de verano,
verde el almendro y mustia la violeta,*

*cerca la sed y el hontanar cercano,
hacia la tarde del amor, completa,
con la rosa de fuego en vuestra mano.*

(De un «Cancionero Apócrifo». Obras, p. 321)

Toda la poesía que escribe entonces Antonio Machado —y tal vez debido a las experiencias agradables de su vida entre Segovia y Madrid— se hace más risueña, menos sombría, más esperanzada. La adjetivación es más diáfana. Si antes los colores preferidos eran el cárdeno y el gris, ahora no será raro encontrar el tono *rosa* y la mañana *clara*. Alguien tendrá que hacer un día el estudio cuidadoso de la evolución de la adjetivación en el poeta, pues pocos como él concedieron tanta importancia al adjetivo y pocos lo usaron con tanta sabiduría, medida y ritmo.

La época de Segovia va conformando también la materialización de un sueño largamente acariciado por el poeta. El ideal de la Re-

pública. La ilusión de un cambio que modifique sustancialmente la vida española. Desde hace años —como todos los hombres del 98— ha clamado no sólo en su poesía, sino en su prosa, por una vida distinta. En un artículo titulado «Nuestro patriotismo y la marcha de Cádiz» había escrito:

Por lo pronto, nuestro patriotismo ha cambiado de rumbo y de cauce. Sabemos ya que no se puede vivir ni del esfuerzo, ni de la virtud, ni de la fortuna de nuestros abuelos; que la misma vida parasitaria no puede nutrirse de cosa tan inconsistente como el recuerdo; que las más remotas posibilidades del porvenir distan menos de nosotros que las realidades muertas en nuestras manos. Luchamos por libertarnos del culto supersticioso del pasado.

(Obras, p. 845)

El 14 de abril de 1931 es un día de júbilo para Antonio Machado. Siente que se abre ante él una vida de tono y sesgo distintos. Está él entre los que izan la bandera de la República en Segovia aquel día. Y tras este triunfo su traslado a Madrid, su meta soñada. Va de profesor al Instituto Calderón de la Barca.

Ya está cerca de Manuel y podrá disfrutar también de sus entrevistas espaciadas y furtivas con su «diosa». Pero sólo por corto tiempo. Otra vez la soledad lo ronda. Pero sólo es ronda todavía, no presencia. Así tiene tiempo de urdir nuevos proyectos como el de escribir para el teatro junto con Manuel. Nace así *La Lola se va a los puertos* que tiene un buen éxito teatral y en cuya factura la imagen de Guio-
mar tanto tendrá que ver. El mismo poeta se lo afirma cuando le escribe:

Voy a contarte la historia de esta comedia. El propósito de escribirla data de hace ya tres años. La copla popular de donde salió el título dice sencillamente:

*La Lola se va a los puertos
la isla se queda sola.*

Mi hermano Manuel la glosó:

*¿Y esta Lola quién será
que así se marcha dejando
la isla de San Fernando
tan sola cuando se va?*

Quando la Membrives —hace ya tres años— nos pidió una comedia andaluza, pensamos en sacarla de la solearilla... Y hubiéramos hecho una comedia realista... Escrito estaba ya gran parte del

primer acto antes de conocerte. El propósito de sublimar a la Lola es cosa mía. Se me ocurrió a mí pensando en mí diosa... A ti se debe toda la parte trascendente e ideal de la obra. Porque yo no hubiera pensado jamás santificar a una cantadora.

(Obras, pp. 1.035-36)

Otras obras escribirán para el teatro ambos hermanos. Y alguna quedará inconclusa, como se sabe. Pero, repito. Está escrito que Machado no puede gozar de una vida íntima compartida, aunque sea parcamente.

El 19 de julio de 1936 sorprende a ambos hermanos separados por puro accidente en dos ciudades claves. En Madrid, Antonio. Con la República y con su ejército de milicianos. En Burgos, la otra capital, Manuel, que ha ido allí con su mujer para disfrutar de unas vacaciones con algunos familiares. La guerra dicta a ambos hermanos diferentes derroteros. Que ambos pudieron renunciar a la separación es posible.

Pero ¿quién ha podido alguna vez escapar al sino de la tragedia? ¿Y no hemos dicho que fue la vida de Antonio Machado marcada desde pronto por el signo de la soledad? Lo cierto es que ya la separación es definitiva como lo es también la de Guiomar. Ambas separaciones herirán al poeta en lo más hondo. Nunca se resignará a ellas y en ocasiones transparecerá en su poesía el dolor por estas ausencias. Aquí recuerdo uno de los sonetos que aparecen en *Poesía y Prosa varia de la Guerra*, el VI, en cuyo segundo cuarteto escribe:

*Mi Sevilla infantil, ¡tan sevillana!
¡cuál muerde el tiempo tu memoria en vano!
¡Tan nuestra! Aviva tu recuerdo, hermano.
No sabemos de quién va a ser mañana.*

(Página 717)

La llamada angustiosa al hermano está aquí presente. Como presente está su dolor por la reparación definitiva de Guiomar en el soneto V del mismo libro. Léase:

*De mar a mar entre los dos la guerra,
más honda que la mar. En mi parterre,
miro a la mar que el horizonte cierra.
Tú, asomada, Guiomar, a un finisterre,*

*miras hacia otro mar, la mar de España
que Camoens cantara tenebrosa.
Acaso a tí mi ausencia te acompaña.
A mí me duele tu recuerdo, diosa.*

*La guerra dio al amor el tajo fuerte.
Y es la total angustia de la muerte,
con la sombra infecunda de la llama*

*y la sonada miel de amor tardío,
y la flor imposible de la rama
que ha sentido del hacha el corte frío.*

(Página 717)

¿Quiérese una más desolada y entrañable angustia? Ya la soledad para Machado no tendrá otro horizonte que la muerte personal. Pero todavía lo sostiene una compañía, y gozosa en muchos aspectos. Se siente vibrar al unísono con su tierra. Y con su drama. Sus dolores los hace cuerpo en el suyo. Con ella se indigna y calma, se angustia y desvive. Por ella y para ella aún trina su cantar. Pero ella también se le va trágicamente. De ella también habrá de separarse. La soledad ya ahora será total.

La tragedia ha cumplido su ciclo. Apenas exiliado de su suelo nativo con el dolor profundo de haber perdido ya todas sus raíces sus fuerzas no tienen por qué rehacerse. Y se doblega a la muerte. Y casi solo, muere en Collioure, un día triste de febrero de 1939. Yo no encuentro mejor modo para terminar estas líneas de homenaje al gran poeta y gran hombre que fue Antonio Machado que copiar estos versos suyos en que clama por sumirse en el pueblo para escapar a la soledad, a esa soledad angustiosa que fue su destino, y que los titula curiosamente:

*Ay, quién fuera pueblo
una vez no más!
Y una vez —quién lo sabría?—
curar esta soledad
entre los muchos amantes
como a las verbenas van
(albahacas de San Lorenzo,
fogaratas de San Juan!)
con el sueño de una
vida elemental.
Tú guardas el fuego,*

*yo gano el pan.
Y en esta noche de todos
tu mano en la mía está.*

(Coplas españolas, p. 827)

Ya jamás estará solo Antonio Machado otra vez. Está y estará por siempre con su pueblo —el que habla su lengua más allá de todas las fronteras.

ROSARIO REXACH

301 East 75th Street
NEW YORK (USA)